



A la vejez... tortez

Por Andrea Lacombe¹

La propuesta de este trabajo se instala en la encrucijada de explorar un campo de investigación que ha devenido cuerpo y las nuevas inteligibilidades que ahí van apareciendo: el envejecer.

El formato de lo que sigue a continuación es epistolar y forma parte de un proyecto en formación con Vir Cano. La idea es tejer diálogos sensibles y afectivos entre pares sobre el envejecer tortillero. ¿Cómo vivimos/imaginamos el envejecer tortillero? ¿Cuáles son las alianzas que tejemos? ¿Hay estrategias y saberes acumulados entre la generación de las lesbianas y la de las tortas? ¿Cómo seducimos al entrar en una etapa de la vida apartada culturalmente de la eroticidad como norma? ¿Entre quiénes? ¿Cómo sobrellevamos las convenciones sociales y del mercado sobre el envejecer? ¿Cómo conjugamos eróticas, teorías, militancias y experiencias vitales en la construcción de espacios cuidados y deseantes?

Vir querida, chonga de mi corazón! ¿Cómo te trata la vida en estos días? Por acá la cosa anda conturbada, ajetreada y también feliz con estas jornadas que se les ocurrió organizar y han llegado en el momento justo, cuando acuerparse y sabernos es urgente y vital.

Henos aquí, amiga, preguntándonos juntas ¿cuándo es envejecer? desde estos cuerpos que son parecidos, pero no los mismos con los que nos conocimos. Algo más ajados, con más ruidos, los poros más abiertos, las canas más marcadas. No será la primera ni la última vez en que me convierta en mi propio objeto de estudio, pero creo que sí es la primera en que me cuesta que así lo sea. Ese corpus investigativo deviene cuerpo propio, uno que a veces cuesta reconocer, cuesta llevar e inclusive sentir deseoso. Esas elucubraciones teórico políticas, otrora distantes subjetivamente, ahora me asolan/afectan/instigan y se hacen carne. Pero esta vez las preguntas son compartidas, las curiosidades traman diálogos y esos diálogos, ojalá otros mundos posibles.

¹ IDEJUS, UNC

Vos y yo hemos hablado mil veces de la idea de la “posada-geriátrico” y la fantasía de una red de espacios similares por el mundo por los que ir transitando todes, pero creo que nunca te conté como fue asomándose, tomando forma. Hace unos 15 años atrás, mientras hacía trabajo de campo para el doctorado (2010) en unos bailes gls² en Copacabana a los que quienes no iban apodaban los *bailes de cocoon*,³ la vejez lésbica se me hizo presente por primera vez. Esos bailes, organizados en un club bastante top de Copacabana por ‘la Mary’, una señora torta, así con todas las letras, tenía un público de mujeres que rondaban los 60, 70 años. Ya irás imaginando por qué el apodo de *bailes de cocoon* y la edad de quienes así les decían. La convivencia con estas señoras que todos los meses esperaban con ansias esta fiesta, señoras que se las arreglaban para vivir su sexualidad como podían, a escondidas de sus familias, alquilando pequeños departamentos al lado de sus parejas para disimular o llevando su vejez con miedo a la soledad, despertó mis alertas para tratar de concebir otros modos, porque esos me aterraban. Yo veía que había estrategias de sociabilidad frente al envejecimiento que respondían a la producción continua de la diferencia respecto a las prácticas identitarias normativas, pero a su vez la invisibilidad continuaba siendo una constante en la que enmarcaban sus cotidianos. Los bailes eran maravillosos y el marco les permitía llegar sin despertar sospechas ya que el club era bien *careta*. Bailaban, seducían, levantaban... era fantástico ver el despliegue en la pista, la composición de las mesas, las miradas en un lugar con unas 300 lesbianas mayores pasándola bomba. Pero ¿y después? Lo que escuché no era lo que imaginaba para mí... en realidad a esa altura de la vida no me había detenido ni siquiera a imaginar, pero había algo en la soledad, en la intemperie de sus relatos en donde yo no quería reflejarme.

2 La sigla gls equivale a gays, lesbianas y simpatizantes y es de uso común entre quienes no tienen un recorrido activista. Si bien está cada vez más en desuso sigue presente entre las personas más viejas de la comunidad y en el mundo heterosexual.

3 En alusión al filme *Cocoon* donde un grupo de adultxs mayores residentes de un geriátrico comienzan a rejuvenecer al meterse en una piletta que contiene unos capullos extraterrestres que lxs revigorizan.

Entonces empecé a pergeñar la posada-geriátrico, el *lesbiátrico*. La idea era comprar una posada en Arraial do Cabo que todavía era un lugar ignoto de turismo interno y *farofero*⁴ de Río de Janeiro, trabajarla como posada, pero también con salas para organizar clínicas de arte o jornadas intensivas de grupos de investigación, porque de la academia no pensaba irme así nomás. Esa sería una fuente de ingresos y el lugar un espacio de convivencia comunitaria donde envejecer en dulce montón. Tenía 38 años y hasta ahí llegaba mi entusiasmo y la imaginación.

Los años fueron pasando, cambié de ciudad, cambié de locación, pero la idea perduró. Con vaivenes, reformulación de grupos, de modos, algo siempre seguía presente: envejecer en comunidad. Me perseguía, me persigue, el tema de la habitabilidad. ¿Dónde? ¿Con quiénes? ¿Cómo sostenerla? ¿Qué hacer? Y principalmente, ¿entre quiénes tomar decisiones sobre nuestras vidas y nuestras muertes? Haciéndome cargo del privilegio que significa en esta sociedad heredar también aparece en el horizonte de expectativas desarmar ese mandato. ¿Con quién compartimos lo que tenemos y a quién le dejamos lo que nos queda, si es que nos queda algo? ¿Cómo tramamos la manada? Cuando estaba haciendo el campo de posdoc en baires conocí a dos amigas de unos 60 años que solían ir a *Marlene*... ¿sabés si sigue existiendo ese lugar, Vir? Uno que estaba en *Boedo*...La cosa es que ellas dos habían sido pareja y seguían siendo amigas, familia como nos decimos con algunas ex. “Somos el soporte la una de la otra y, cuando alguna de las dos falte, queremos que la otra se quede con los bienes y no nuestros hermanos o sobrinos que no logran entender nuestro vínculo porque nosotras tampoco les explicamos bien nunca” (Lacombe, 2016, p. 110), me contaba una de ellas. Es a ella que le dejaré estas cuatro paredes que están a mi nombre y si es necesario nos casaremos para que no haya problemas, aunque ya no estemos juntas como pareja”, me contaba una de las dos. Usar la institución del casamiento como estrategia de redistribución era para ellas una salida posible, pero una salida solitaria, entonces ¿con

4 La farofa es una comida a base de harina de mandioca muy popular y de bajo costo. Se les llama *farofexs* a las personas de camadas populares que generalmente no consumen los productos que se venden en la playa sino que llevan todo desde sus casas.

quiénes hacemos familia? Ya sabemos que el parentesco se torna una cuestión política y cultural, obligándonos a repensar “qué familias elegimos (o si de hecho queremos elegir alguna)” (Fonseca, 2008, p. 781). Somos una generación que, al menos por estas bandas del planeta, hemos tenido la posibilidad de crecer sabiendo que no estábamos solas, con la posibilidad de hablarlo, expresarnos, de saber que nuestras vidas pueden y merecen ser vividas. Venimos con un camino allanado por una generación que se las rebuscaba y también la peleaba y empezó a nombrarse lo cual no es poca cosa. Pero no podemos negar que el mundo en el que vivimos sigue siendo hostil, que las familias todavía abandonan, desconocen, reniegan y en esa vulnerabilidad un casamiento puede ser morada, así como una habitación de hotel familiar puede ser refugio, puede ser hogar, pero también puede ser muerte.

Conocemos el poder de la heteronorma: pretende ser la presencia, la que decide no solo qué vidas merecen la pena ser lloradas, sino qué afectos merecen ser reconocidos. Porque como vos decís “puede ser ingrato vivir en un mundo cuyo orden de cosas jamás nadie nos consultó” (Cano, 2022, p. 13), pero tener el privilegio de saber que hay otros caminos nos responsabiliza también a buscarlos y seguirlos. Foucault, en esa entrevista publicada en la revista *Gai pied* en 1981, habla de las relaciones de amistad homosexual en tanto una estética de resistencia que provoca inquietud en la sociedad higienizada que no logra reconocer la amistad, la solidaridad, la ternura y el afecto en el colectivo LGBTI por temor a las alianzas que puedan formarse, propiciando líneas de conducta inesperadas. Para Foucault, más que el acto sexual en sí mismo, es el modo de vida homosexual (el sentido de comunidad de afecto) lo que hace perturbadora la homosexualidad en la sociedad heteronormada. ¡Y cómo me gusta la idea de perturbar la paz de la norma!, porque como dice val “necesitamos seguir activando imaginaciones insurgentes que insistan en esos futuros no realizados del pasado de la disidencia sexual”.

Te propongo rastrear las estrategias y saberes acumulados entre la generación de las “lesbianas” y la de las “tortas”. Nosotras, que estamos a medio camino entre ambas podemos tomarnos la tarea de hilvanar historias y anhelos. En “Pasamos todes”, Dillon hablaba hace unos días sobre los mandatos que pesan sobre la vejez y particular-

mente desandaba el de la felicidad impuesta por el sistema que nos compele a la familia, el amor, la pareja y que quienes cumplen con esto tienen garantizada la tranquilidad del reconocimiento y llamaba a un disfrute más cerca de la falla, más cerca del escarnio, más cerca de la tierra en la que nos revolcamos. La insurgencia de no querer ser viables sino, dice Martita, ser quienes tengamos ganas de ser y me quedo pensando en qué queremos ser o qué estamos siendo.

Entonces, a la vejez, tortez. A la vejez algo más, algo otro de lo que nos enseñaron. Hemos desaprendido tanto, hemos desandado durante tantos años esos caminos que parecían los únicos, que para seguir saltando vallas nos auguro lo que siempre dice la Caro: un desear distinto.

Me acuerdo una vez que teníamos que hablar en una mesa y ante tu pregunta de “por donde le encaro”, yo te contesté “andá por los intersticios”, lo que fue motivo de sorpresa, después risa, pero así empezaste la charla, mandándome al frente, y acá estamos, amiga, surcando esos intersticios zigzagueantes, meandrosos como el presente/futuro que vamos tratando de habitar. Y tomo tu invitación provocativa del zigzagueo, ese “aprender a desplazarse sin la inocencia de lo recto ni la comodidad de los caminos ya trazados” (Cano, 2021, p. 79) para pensar juntas estas vejeces, este paso del tiempo encarnado.

Pero ¿qué dirá la Tron desde los sauces que la cobijan ahora? Dillón, nuestra fiestera eterna que se jubiló del laburo y está más viva que nunca, ¿qué otras ideas tendrá? ¿Cuáles serán los vientos en los que Gaby Herzeg inscribirá sus relatos? ¿Qué caminos podemos tramar? ¿A quiénes más podremos invitar? ¿Les preguntamos? (sí, así en cordobés, con el ‘les’ adelante) ¿zigzagueamos juntas?

Referencias

Cano, Vir (2022). *Po/éticas afectivas. Apuntes para una re-educación sentimental*. Buenos Aires: Galerna.

Cano, Vir. (2021). *Borrador para un abecedario del desacato*. Buenos Aires: Madreselva.

De Ceccaty, René; Danet, Jean y Le Bitoux, Jean (2015). De la amistad como modo de vida. Entrevista a Michel-Foucault. En ¿Qué hacen los hombres juntos?. Madrid: Cermi y Ediciones Cinca.

Fonseca, Claudia (2008). Homoparentalidade: novas luzes sobre o parentesco. *Estudos Feministas*, 16(3), 769-783.

Lacombe, Andrea (2010). *Ler[se]nas entrelinhas. Sociabilidades e subjetividades entendidas, lésbicas e afins*. Río de Janeiro: UFRJ/Museu Nacional/PPGAS.

Lacombe, Andrea (2016). Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexo-afectivas con otras mujeres. *Vibrant. Virtual Brazilian Anthropology*, 13(1), 102-114.